

UN LOBO SOLITARIO

por IGNACIO SOLARES / julio de 1975

Calderón, Shakespeare, Beckett...
voces de un mismo dilema. La
dispersión del teatro mexicano.
Preguntas y más preguntas, como
un laberinto de interrogantes.
“¿Cuál es mi generación?”
“¿Dónde está el público?” Los
jóvenes proponen un teatro
“desarticulado, sin base, en el que
todo se vale por ser absurdo”.
Hacia el Teatro-hombre. ¿Artaud?,
un loco angelical. Ojos que
deveras ven. Bernard Shaw, una
profundísima inteligencia. Los usos
de la vida



ante el revolucionario concepto que se tiene actualmente del teatro, ante la obra de un Samuel Beckett, por ejemplo, ¿tiene alguna utilidad mi trabajo? ¿Es el mío un teatro viejo, caduco, inservible? O, mejor: ¿la corriente en la que se inscribe mi obra se ha perdido en la noche de los tiempos y ya no tiene nada que decir a los hombres actuales? Rodolfo Usigli se pregunta a sí mismo.
—Porque, al fin de cuentas, lo de menos sería mi trabajo. Lo importante sería preguntarse: ¿están pasadas de moda *Edipo*, *Hamlet*, *La vida es sueño* y hasta las obras de Ibsen y de Bernard Shaw? ¿Lo están o es parte de una moda creer que lo están? Usigli le da vueltas a las preguntas, las mira bajo diferentes ángulos, da la impresión de que podría contestar a una entrevista únicamente con preguntas. Preguntas que darían pie a otras preguntas y que se resolverían en una última y definitiva interrogación. A Usigli parece entusiasmarle el entrar en un laberinto así.
—Si existe una evolución darwiniana, biológica, ¿por qué no ha de existir también una evolución psicológica? Y entonces, ¿qué puede enseñarnos la obra de un hombre que vivió hace cincuenta o cien o doscientos años si no participa de nuestros problemas y de nuestra concepción del mundo? O acerquémonos más: ¿qué puedo enseñarle yo, un hombre de sesenta y siete años, a un joven de veinte que viste

con ropas chillantes y que considera a los Beatles unos “viejos”? Pero enseñar no es el verbo apropiado. Mejor: ¿qué podría interesar de mi visión del mundo a ese joven si mi mundo es tan diferente al suyo? Y lo mismo nos sucedería con los mundos de Shakespeare, de Calderón o de Ibsen. Con la evolución van apareciendo nuevos mundos. Miles, millones de mundos. Hasta que quizá llegemos al punto en que la visión del mundo que teníamos ayer —hace sólo unas cuantas horas— está hoy pasada de moda. Pasar de una moda a otra vertiginosamente, cada vez con mayor rapidez, sin tiempo ni siquiera para saber dentro de qué moda se está viviendo. Las preguntas terminan de repente y Usigli se contesta a sí mismo con la misma seguridad con que se interrogaba.
—¿Sería la evolución ese ir desechando cuanto queda a nuestras espaldas? No lo creo. Yo, en tanto hombre, puedo participar de los mismos problemas que afectaban a Calderón.
Usigli va a publicar próximamente una nueva obra: *Buenos días, señor presidente*, y en el prólogo, dice, trata este mismo tema que por ahora trae como una punzada entre ceja y ceja.
—¿Cuál es su impresión del actual ambiente teatral en México?
—No sé ni siquiera si exista algún ambiente teatral en México porque estuve fuera del país quince años y me desligué de todos los ambientes. Pero por lo

poco que he visto me da la impresión de que hace falta bastante “técnica”, “oficio”, tanto a los actores como a los directores. Esto además de que parece imperar la dispersión: cada quien toma un camino diferente sin querer compartirlo ni aprender nada de los demás.

—¿A qué se debe esto y cuál sería la solución?

—Se debe a que en México hace falta, urgentemente, una escuela nacional de teatro. Lo vengo diciendo desde hace años. Y la solución sería crear una escuela nacional de teatro.

Las frases de Usigli son cortas, concisas, agudas como alfileres.

—¿Considera que su generación contribuyó al desarrollo del teatro en México?

—Esa pregunta se divide en dos parte, acláremoslo. Primero, ¿cuál es mi generación?

—Villaurrutia, Novo...

Usigli nos detiene:

—Ésa no es mi generación. O es mi generación únicamente en un sentido cronológico, que sería lo de menos. La verdad es que yo no pertenezco a ninguna generación, soy una especie de lobo solitario. Ahora, respecto a que si esta generación contribuyó al desarrollo del teatro en México, sí, creo que resultó fundamental para apuntalar algunos cimientos.

Usigli considera que para empezar a meter a la gente en el teatro también fue de gran utilidad una actriz como María Tereza Montoya: una actriz de un temperamento excepcional que en ocasiones, asegura Usigli, no importaba que no se aprendiera del todo las obras que representaba: sus defectos eran lo de menos ante su proyección en el público.

—La verdad es que lo que hace falta es un público que vaya al teatro por costumbre, así como va al cine los sábados por la noche o al Bosque de Chapultepec los domingos por la mañana. Ese público no lo hemos creado y me pregunto si lo crearemos algún día.

Recientemente en televisión han empezado a grabarse en video algunas obras de autores mexicanos. La idea es formar una teatroteca que conserve lo mejor de nuestro teatro. La primera obra que se grabó fue, precisamente, *El gesticulador*.

—La televisión puede también contribuir muy positivamente a la difusión del teatro —comenta—. Resulta un medio espléndido. ¿Por qué no se había utilizado antes para ello?

—¿Y los autores jóvenes?

—Parece que en los jóvenes hay la tendencia de escribir una especie de teatro del absurdo, desarticulado, sin base, en el que supuestamente todo se vale simple y sencillamente por ser teatro del absurdo. El problema es que escriben teatro del absurdo para estar a la moda y resulta que el teatro del absurdo ya pasó de moda. Y volvemos a nuestro tema inicial: ¿puede llegarse a una equis corriente literaria por mera generación espontánea? ¿No es necesario un proceso de asimilación? De ahí que me parezcan tan peligrosas las modas. Yo creo que el teatro está más allá de cualquier moda. El teatro-hombre, el teatro que nos refleja más esencialmente, no importa dentro de qué corriente, bajo qué moda y en qué momento.

Usigli vive en un vetusto departamento del centro,



PROTAGONISTA número uno de la dramaturgia mexicana, no logró contener la emoción en el homenaje que le ofreció la comunidad teatral en 1967

en Madero e Isabel la Católica. Un departamento con todo el sabor de los años treinta. Escuchando ahí los recuerdos del autor de *El gesticulador*, se tiene la impresión de que el tiempo dio una maroma y va uno a bajar a una calle Madero tranquila, con esporádicos autos de largo cofre que avanzan lentamente y con transeúntes de carrete y sacos oscuros de solapa corta que se dirigen al café París, en Gante, a discutir de teatro o de toros. Pero no, la realidad es apabullante, el tráfico congestionado, los claxons que reclaman paso como voces chillonas, infantiles, el apresurado ir y venir de la gente como en desbandada, y que inevitablemente lo arrastra a uno, impiden toda ensoñación. Y Usigli lo lamenta. Lamenta que ya no haya sitios en donde los grupos de amigos se reúnan a conversar (porque lo primero que ya no hay es grupos de amigos), todo es dispersión, no se cuenta con tiempo para nada, ni siquiera para darse cuenta de que ya no tenemos tiempo para nada, de que el vórtice nos tragó. Usigli recuerda que fue precisamente en el café París en donde leyó por primera vez, a un grupo de amigos, *El gesticulador*. Y también recuerda que fue ahí en donde conoció a Antonin Artaud, un loco angelical.

—A mí me dejó la impresión de un hombre totalmente pacífico, inofensivo, muy tratable. ¿Dónde estaba su locura? ¿Su locura era su genio?

Otro recuerdo que salta a la mente de Usigli es cuando conoció a Aldous Huxley en 1932, durante una visita que el autor de *Contrapunto* hizo a nuestro país. Usigli recuerda que Huxley estaba casi ciego y usaba unos gruesísimos lentes.

—Pero si con los ojos veía muy mal, con el alma veía a unas profundidades poco comunes en los humanos. En pocos hombres he podido adivinar tan claramente los otros ojos, los que de veras ven.

—Y ya en éstas, recuerda cuando conoció a otro escritor al que admiraba muy especialmente: T.S. Eliot, con quien conversó una noche de las ocho a las cuatro de la mañana del día siguiente. Su relación con Eliot fue de lo más extraña ya que empezó con una carta de reclamo del autor inglés por haberle traducido y publicado un poema sin pedirle autorización.

Y en seguida viene el recuerdo de cuando conoció a Blasco Ibáñez. En aquel tiempo Usigli empezaba a escribir —ni siquiera tenía algo publicado— y se acercó a Blasco Ibáñez para comentarle sus deseos de realizar novelas policíacas. El autor español lo acogió amigablemente y le ofreció su tarjeta personal con su dirección para que el joven literato le mandara sus originales y se los corrigiera. Entonces Usigli saltó: todo estaba muy bien, “pero sus originales no los corregía nadie”. Usigli sonríe al recordarlo. Y cree que aquella reacción le fue de gran beneficio y lo mismo sería en todos los jóvenes que empiezan a escribir: un verdadero autor debe ser autónomo, debe pedir consejo a quien deba dárselo, pero los originales son sagrados y sólo él puede meterles mano.

Y, por último, está su recuerdo de cuando conoció a Bernard Shaw, quizás el autor que Usigli más ha admirado.

—Una de las inteligencias más profundas que ha

producido esta extravagante humanidad —comenta. Cuando Usigli se acercó por primera vez a Shaw —quien en ese tiempo tendría unos noventa y cuatro años— le habló en voz muy alta teniendo en cuenta la edad del escritor inglés.

—Es perfectamente normal relacionar la vejez con la sordera, ¿no? —apunta ahora Usigli.

Pero Shaw levantó una mano y le aclaró que escuchaba mejor que él, que ese era su problema: siempre había oído y visto mejor que el común de la gente.

ENVEJECER FÍSICAMENTE Y REJUVENECER

—Shaw nunca fue un anciano. Su cuerpo terminó por desmoronarse (aunque a nadie le habría extrañado que un día se anunciara que Shaw era inmortal), pero sus facultades intelectuales permanecían tan lúcidas como en sus mejores tiempos. No sólo, yo creo que Shaw envejecía físicamente y rejuvenecía mentalmente con el pasar de los años. Por algo él mismo comentaba a los noventa y cuatro años que si sus fuerzas se lo permitieran, a esa edad empezaría a estudiar una carrera y en seguida a practicarla normalmente. ¿Cuántos casos de estos ha producido la humanidad? Y una pregunta mejor: ¿cuántos más va a producir si el mundo continúa por el camino que ha emprendido?

Usigli se pregunta por qué nuestros empresarios y directores son tan renuentes a montar obras de autores extranjeros. Con el pretexto de que su principal obligación es difundir el teatro nacional, el ambiente se reduce a unas cuantas buenas cosas y a muchos vodeviles, éstos sí sin importar de qué nacionalidad sean.

—Y sin embargo nada nos puede enseñar tanto como comparar nuestros trabajos con los de algunos autores extranjeros. De otra forma continuaremos alimentando y regodeándonos en nuestras limitaciones. Y esas limitaciones terminarán por ser nuestra aportación a la cultura y al conocimiento del país. Por el contrario, quizá al acercarnos a esos autores universales aprendamos a mirar mejor nuestro microcosmos.

Los recuerdos de Usigli no dan la impresión de melancolía. Más bien parece que el escritor observa la realidad a través de diferentes filtros, comparando, suponiendo, previendo el futuro. Y le preocupa muy seriamente el futuro. ¿Qué será de las facultades del ser humano para conocerse, para mirar más allá de sí mismo, para interesarse por los seres que lo rodean, para transformarse y para transformar el mundo?

Y termina con una frase de César Rubio, el personaje de *El Gesticulador*.

—“La mayor amargura posible es vivir y no ser usado por la vida”.

Nació y murió en la ciudad de México (1905-1979). Hizo sus estudios en el Conservatorio Nacional y en la Escuela de Arte Dramático de la Universidad de Yale. Inició su carrera escribiendo crónicas teatrales para la revista *El Sábado*. Fue profesor de la UNAM y de la Academia Cinematográfica. Recibió los premios América y Nacional de Letras. Dirigió la Oficina de Prensa de la Presidencia de la República, la sección de Teatro del Departamento de Bellas Artes, y el Teatro Popular Mexicano. Fue agregado cultural en París y embajador en Libano y en Noruega, países que lo condecoraron. Es autor de obras claves de la dramaturgia mexicana: *El gesticulador*, *Corona de luz*, *El encuentro*, *El caso Flores* y *Buenos días Señor Presidente*, entre otras. Escribió también *(Ensayo de un crimen)* y algunos ensayos sobre el teatro en México. Muchas de sus obras han sido traducidas al francés, al inglés y noruego.